

记者琐忆

(西) 伊格纳西奥·比达尔-福尔奇

李静 王军 汪晓源 刘建 译

塞萨尔·洛佩斯·罗塞利平静地出现在卡萨诺瓦街和马略卡街的拐角，完全融入于巴塞罗那的城市风景中。和他同行的是他夫人和一个男孩。男孩应当是他孙子。三人边走边聊，他没看见我，我也没话要对他说，我们就这样擦肩而过。一个工作日，上午过半，这位尽职尽责的记者怎么不在《加泰罗尼亚报》编辑部文化娱乐部领导同仁工作，却来恩桑切区<sup>1</sup>散步？我认识他时，他就在负责报社的文化娱乐版，之后又干了许多年。哦，我突然明白过来：几十年过去，他已经退休，不再迫于各种时间节点的压力，于是才能有那种优哉游哉的态度支配自己的生活。如今，他已是另一名告别海洋的水手<sup>2</sup>。

先生看上去不到七十，中等身材，偏壮，还是那头直发，只是变得花白，还是那把大胡子，只是修得不太齐整，像耷拉在脸上。想想吧，就是他当年冷静沉着、不计代价，主持有关卡雷拉斯患病治疗的报道，成为专业新闻报道的经典范例，也让我免费上了一堂难忘的新闻课。

认识塞萨尔·洛佩斯·罗塞利时，我是个编辑。这是记者行当里中最让人嫌弃的工作，但如果你能体会到它的伟大，也是最让人兴奋的工作。其实，编辑只是权力更大的校稿人，不过名字好听而已。那几年，新闻业刚用上计算机，操作系统动不动就“挂”了，工作只好暂停几分钟，有时一下午要暂停好几回，直到系统恢复。大家都垂头丧气，常会有记者起身，大声发泄道：“我不喜欢这个系

---

<sup>1</sup> 恩桑切区，也可成扩展区 (L'Eixample)，为巴塞罗那的主要城区之一，位于市中心。高迪设计的圣家族大教堂、米拉之家等现代派建筑均聚集于此。

<sup>2</sup> 引自日本作家三岛由纪夫于1963年出版的小说《午后曳航》。主人公龙二原为海员，他古铜色健硕的身体让人一看就会联想到辽阔的海洋。后来，他因为爱，留在陆地上生活。小说原名为：失去大海魅力的水手。

---

统!”说法不大合适，却挺有意思，因为这里的系统既可指电脑操作系统，也可指整个体制，即资本主义体制。

为了修复记者电脑和报社主机之间的各种不兼容，编辑团队应运而生，配备了性能更强大的电脑，在修复不兼容的同时，还能修改记者们多到难以置信的语法、词汇及拼写错误。

记者们晚上七点左右下班，编辑们晚上七点左右上班，对着电脑，几乎一动不动地从事魔鬼级高强度脑力劳动，直到凌晨一点。之后，有人还要留守在空荡荡的编辑部，值班到凌晨三点。这是一项默默无闻，为记者服务的辅助性工作，时间紧，任务重，排班很难兼顾家庭生活。因为这个原因，在记者心里，我们或可怜，或可恨，尤其恨我们扎进他们的稿子里，一个词一个词地读，一个词一个词地琢磨，比任何一位读者都更挑剔。总而言之，我们的工作跟苦役犯划船差不多。事实上，我们工作干得再好，调动的可能性也极小。从这个意义上讲，你越能干，下场越糟。这活儿谁也不乐意干，谁也不会自告奋勇地去干。最可悲的是就算哪位受虐狂主动送上门，但这项工作又有一定的专业性，需要掌握的知识不是所有人都具备，所以，苦役犯手上的桨也递不出去。

当年，编辑们都担心要在桌边坐上几年，甚至几十年，在疯狂的工作节奏下替别人改稿子，工作时间连基本正常的社交活动也无法保证。于是，他们大多心怀不满，而我却甘之若饴。居然对林林总总的记者刚刚写完的稿子大权在握，可以修改，可以润色，让我有种高高在上的快感。况且，我凌驾的不是陌生人的行文偏差和言语失当，而是身边同事的。他们各自对着电脑忙忙碌碌，随时会抬起头，越过屏幕，通知我们刚传了稿子，我们就搜出来动手修改，让它更干净、更耀眼、更出色。

塞萨尔·洛佩斯·罗塞利是个慢性子，却在1987年一个夏日，旋风般地冲进编辑部，带来深受加泰罗尼亚地区乐迷爱戴的一位男高音病重的消息，让编辑部炸开了锅。何塞·卡雷拉斯<sup>3</sup>年轻、英俊、和善、才华出众，被诊断出患了血

---

<sup>3</sup> 何塞·卡雷拉斯 (Josep Carreras, 1946- )：西班牙男高音歌唱家，与帕瓦罗蒂、多明戈并称为世界三大男高音。

---

癌——光病名就够吓人的——，正在西雅图福瑞德·哈金森癌症研究中心接受治疗，打算殊死一搏，通过做自体骨髓移植手术摆脱病魔。洛佩斯凭借记者的直觉，执着地跟进这条新闻，吃苦受累也在所不辞。于是，他从西雅图发来的报道源源不断出现在我的电脑屏幕上，由我修改。他在巴塞罗那和西雅图之间两地奔波，不辞劳苦，不计代价，次数多了，很容易就博得了卡雷拉斯亲友们的信任，和他们成为朋友，也很快和中心的医生护士熟识。这样，他才每天发来有关病人的最新消息，或恶化令人揪心，或好转令人振奋。得益于洛佩斯的连续报道，卡雷拉斯的名气比生病之前更大、更受人爱戴，成为万众景仰的乐坛泰斗。

一天晚上，我坐在电脑前，全速编辑洛佩斯的稿子。当我抬起头，活动一下僵硬的脖子时，就见他刚从机场回来，还是那副忧心忡忡的模样，不知是因为时差，还是因为卡雷拉斯的病情再次恶化。记者们见他提着旅行包，走进编辑部，便从座位上跳起来，跑过去，围在他身边，想从他嘴里打听有关卡雷拉斯身体的最新消息，以及手术过程中过于私密、不便刊登的种种细节……

当初，我不理解：为什么要如此连篇累牍地报道卡雷拉斯患病的消息？为什么洛佩斯要如此舟车劳顿地飞越大西洋，横跨广阔的北美大陆，抵达太平洋沿岸的西雅图，呆两三天，旋即再飞回巴塞罗那？总之，点滴不断的报道长达数月，终于以无比亲爱的男高音歌唱家手术成功、摆脱病魔而告终。我觉得整件事不值得花这么多力气，不值得花那么多钱买机票、住酒店。我常想：“又是卡雷拉斯！到处都是卡雷拉斯！”

然而，时至今日，我能理解：那次冒险出击体现出他出色的职业素养。。我估计：对于巴塞罗那市其他报纸的编辑部来说，洛佩斯的一篇篇报道无异于一枚枚炸弹。他们没有及时洞察到卡雷拉斯患病、与死神作斗争的新闻会牵动那么多人的心。等他们想做出反应，发现洛佩斯已经遥遥领先，追不上了。卡雷拉斯的身边已经有了一位值得信任的记者，能拿到独家声明、希望报道的隐私和各种消息。这位记者不是别人，正是塞萨尔·洛佩斯·罗塞利。

这就是新闻业在报道某个系列新闻事件时的特点之一：谁捷足先登，谁就占据先机。谁先到，谁就赢，除非愚蠢地将已有的优势拱手让出。竞争对手要想收

---

复失地，恐怕要投入更多的人力和财力，而领先者早已找到从未报道过的全新素材。不论这种素材多么微不足道，都足以将竞争者甩到身后，就像芝诺悖论中那只永远把兔子甩在身后的乌龟<sup>4</sup>，哪怕优势再小，也足以将其他人甩在身后。在今天这样一个全球疯狂的时代，遇有同事大获成功，为报纸长脸，让报纸扬名，编辑部自然会向他祝贺。我们也正是这样做的：在卡雷拉斯已在术后康复中，一天傍晚，一个毫无特别之处的傍晚，当塞萨尔·洛佩斯·罗塞利走进编辑部，我们全体起立，自发地向他鼓掌。他一脸诧异，还有点不高兴。一方面他的性格如此，素来不苟言笑，行事低调，不喜欢别人突然给他什么惊喜；另一方面，他不习惯有人祝贺，因为编辑部里除了马屁精，谁也不会夸奖谁。

---

<sup>4</sup> 古希腊哲学家芝诺 (Zeno, 公元前 496-429) 提出了经典的阿基里斯追龟悖论。他认为：阿基里斯虽然是古希腊传说中擅跑的神，而乌龟素以动作迟缓著称，但如果乌龟提前出发，阿基里斯永远也追不上乌龟，因为每当阿基里斯到达乌龟前次到达过的地方，乌龟已经又向前爬动了一段距离。

## Recuerdos de periodista

*Por* Ignacio Vidal-Folch

Aparece a la vuelta de la esquina de Casanova y Mallorca, sereno y perfectamente adaptado al paisaje urbano barcelonés, César López Rosell, en compañía de su mujer y de un niño que debe de ser su nieto. Van hablando y César no me ha visto, ni yo tenía nada que decirle, y así nos hemos cruzado de manera casual. ¿Pero qué hacía este cumplido periodista a media mañana de un día laborable, de paseo por el Ensanche en vez de estar en la redacción de *El Periódico*, dirigiendo el área de Cultura y Espectáculos como lo ha hecho, o como lo hacía cuando lo conocí, y durante muchos años? Ah, ya caigo: han pasado las décadas, está jubilado y de ahí esa actitud apacible como de disponer de su vida y no estar presionado por las horas. Ya es otro marino que perdió la gracia del mar.

Y pensar que este señor más corpulento que delgado, de mediana estatura, que ya no cumplirá setenta años, que conserva el mismo pelo lacio, solo que ahora es entrecano, y la misma barba, pero ahora desigual, como colgándole del rostro, al pilotar con sacrificio y aplomo el operativo Carreras dio un ejemplo de profesionalidad y me regaló una de esas lecciones inolvidables de periodismo.

Cuando conocí a César López Rosell yo tenía el empleo más detestado de la profesión y, a la vez, el más exaltante, si sabías entender su grandeza: era editor -una palabra elegante para un trabajo de corrector con amplios poderes de decisión-. Eran los primeros años de la incorporación de la informática al periodismo. A menudo, el sistema operativo “se colgaba” o paralizaba y había que suspender el trabajo durante unos minutos, de vez en cuando varias veces a lo largo de la misma tarde, hasta que se volvía a poner en marcha. Por esto cundía la frustración y con cierta frecuencia algún periodista se incorporaba y, a modo de desahogo, gritaba: “¡No me gusta el sistema!” Declaración bastante extemporánea y divertida, pues podía referirse tanto al sistema operativo como al “sistema” en general, el sistema capitalista.

Para corregir estas disfunciones entre los ordenadores de los redactores y el ordenador central, fue constituido el equipo de editores, pertrechados con una maquinaria electrónica de potencia superior con la que se podía enmendar esos fallos y, al mismo tiempo, corregir las insuficiencias gramaticales, léxicas y ortográficas de los periodistas, que eran sorprendentemente numerosas.

El horario de trabajo de los editores empezaba cuando el de los redactores estaba

---

concluyendo, hacia las siete de la tarde, y se prolongaba en horas de actividad cerebral diabólicamente intensa e inmovilidad física casi permanente ante el ordenador hasta la una de la noche. Luego, algunos seguíamos de guardia en la redacción vacía hasta las tres. Era una labor anónima y subalterna, al servicio de los redactores, y trabajábamos sometidos a una gran presión de tiempo, y el horario era difícilmente compatible con la vida familiar, y los periodistas nos compadecían o nos detestaban por todo eso, pero, sobre todo, porque entrábamos en sus textos, los leíamos palabra por palabra, escrutándolos con una intensidad crítica que ningún otro lector les dedicaba. En definitiva, nuestro trabajo era poco menos que de galeotes. En efecto, era casi imposible salir de esa sección y trasladarse a otra por bien que lo hiciésemos y, en este sentido, cuanto más competente fueses era peor, ya que, como nadie quería hacerlo, nadie se ofrecía voluntario, y, en el peor caso de que alguien masoquista se ofreciese, era un trabajo un poco especializado, que exigía determinados conocimientos que no todos tenían, no había a quien pasarle los remos.

Los editores tenían ver pasar los años y las décadas en aquella mesa, corrigiendo los errores de otros, sometidos a un ritmo de trabajo frenético, y con un horario que hacía imposible llevar una vida social más o menos normal. Por lo tanto, la mayoría de ellos no estaban contentos, pero yo sí, a mí me sorprendía el poder que tenía sobre lo que los diferentes redactores acababan de escribir, y el poder supremo de corregirles y mejorarles, lo cual proporciona un sentido de superioridad muy agradable. Superioridad, además, no sobre el estilo y las torpezas de unos desconocidos, sino de unos compañeros a los que veía a mi lado, atareados ante sus pantallas, que cada día, en un momento u otro, alzaban la cabeza por encima de sus pantallas para avisarnos de que acababan de transmitir su escrito al espacio digital donde nosotros podríamos pescarlo para ponernos a trabajar en él y agregarle cierta limpieza, brillo y esplendor.

César López Rosell, que era un hombre lento, irrumpió un buen día de verano de 1987 en la redacción como un ciclón poniéndolo todo patas arriba, con sus informaciones sobre la gravísima enfermedad de un tenor muy querido por los melómanos locales. Un tenor joven, guapo, talentoso, simpático, Josep Carreras, al que le habían diagnosticado un cáncer sanguíneo, enfermedad cuyo solo nombre espanta, de la que intentaba salvarse mediante una operación de autotransplante de médula ósea, a vida o muerte, en el hospital Fred Hutchinson Cancer Research Center de Seattle. El instinto periodístico de César López Rosell lo llevó a seguir este asunto con una tenacidad que no se detenía en sacrificios, y así empezaron a llegar a la pantalla de mi ordenador, para que yo las corrigiera, sus crónicas enviadas desde Seattle, de donde iba y venía incesante, sin reparar en gastos ni conceder tregua a su cansancio, con tanta frecuencia que se ganó con facilidad la confianza y la amistad de los parientes y amigos de Carreras,

---

se hizo familiar para médicos y enfermeros del hospital, y así enviaba cada día las últimas noticias sobre el peligroso empeoramiento o la alentadora mejoría del paciente, quien, por cierto, gracias a las crónicas de César López Rosell, se convirtió en una figura mucho más popular y querida de lo que ya era, ascendiendo a la categoría de tótem venerable.

Una noche estaba yo sentado ante el ordenador, editando a toda velocidad la crónica de César, cuando alcé un momento la cabeza para desentumecer el cuello y lo vi, recién llegado del aeropuerto, siempre con un aire preocupado, no sé si producido por el *jet lag* o por una recaída del tenor, en medio de un círculo de periodistas que, al verlo entrar en la redacción con la bolsa de viaje en la mano, saltaban de sus asientos y corrían a reunirse a su alrededor para beber de sus labios las últimas noticias sobre la salud de Carreras y aquellos detalles y secretos del proceso operatorio que, por demasiado íntimos y personales, no se podían publicar...

En aquel entonces yo no comprendía aquella lluvia de noticias sobre Carreras enfermo, sobre aquel fatigoso cruzar el Atlántico de César, y luego atravesar el gran continente americano hasta la orilla del océano Pacífico, para estar dos o tres días en Seattle y, a renglón seguido, volver a Barcelona; en fin, aquel goteo incesante de noticias que se prolongó durante largos meses, coronados por el feliz resultado de la intervención ya en el mes de noviembre y con la salvación del tenor tan querido. No creía que aquel asunto mereciese tanto esfuerzo y tanto dinero gastado en billetes de avión y habitaciones de hotel. “¡Otra vez Carreras, Carreras hasta en la sopa!”, pensaba.

Hoy, sin embargo, sí comprendo la grandeza profesional de aquella aventura y supongo que aquellos reportajes de César caían como bombas sobre las redacciones de los demás periódicos de la ciudad, que no habían sabido percibir a tiempo el potencial emotivo de la enfermedad y la lucha de Carreras contra la muerte: cuando quisieron reaccionar, se dieron cuenta de que César les había tomado ya una delantera inalcanzable; el entorno del tenor ya tenía un periodista de confianza a quien darle las declaraciones exclusivas, las confidencias que quisieran que se hiciesen públicas, las noticias, y ese periodista no era otro que César López Rosell.

Esta es una de las características del periodismo cuando trata un tema del que tendrá que ir informando de manera secuencial: que el primero que llega golpea dos veces, el primero que llega gana, salvo que se deje tontamente comer la ventaja adquirida con su acción madrugadora. Cuando la competencia quiere recuperar el terreno perdido, a lo mejor aportando al caso más recursos humanos y económicos, el otro, el adelantado, ya ha encontrado materia virgen, nueva, que, por pequeña que sea, basta para mantener a los demás detrás, como la tortuga de Zenón a la liebre. Es normal, dentro de la locura

---

general del mundo, que, en casos como este, la redacción del periódico celebre los éxitos de un compañero que dan notoriedad y buena reputación al diario, y así es como un atardecer, uno de aquellos atardeceres uniformes, cuando ya Carreras estaba en la convalecencia posoperatoria, entró en la redacción César López Rosell: todos nos pusimos de pie y, de forma espontánea, le tributamos una salva de aplausos, que él recibió con una cara de sorpresa y cierto malestar, por una parte, por su carácter más bien serio y discreto, ya que no era de los que les gustan las fiestas sorpresa y, por otra, no estaba acostumbrado a que lo felicitasen, pues en las redacciones nadie suele elogiar a otro, salvo los aduladores.